

Atenea

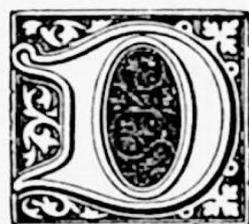
REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Marzo de 1929 — Núm. 51

Enrique Molina

EN EL PANTEON DE PARIS

REFLEXIONES



DESPUES de haber deambulado varios días por otras partes de París llegué al Barrio Latino. No he dejado este barrio para una última impresión porque lo estimara menos que otros, sino, al contrario, porque estimándolo sobre todo lo demás de París, he alejado la visita a él con cierta voluptuosidad calculada, reservándomela como un placer de postre y como quien posterga deliberadamente la satisfacción de un deseo para ir alargando la duración del deleite que nos produce.

Es este un lugar venerable y querido para todos los que nos preocupamos de las cosas de la inteligencia. Aquí se levantan la Sorbona, el Colegio de Francia, casi todos los demás institutos de la Universidad de París, y algunos de los más importantes liceos de

la ciudad, como el Luis el Grande y el Enrique IV. Aquí encontramos en cortos espacios los bronces y mármoles severos que inmortalizan los nombres de Claudio Bernard, Augusto Comte, Marcelino Berthelot, Voltaire, Rousseau, Diderot, Dante. Este es el barrio donde innumerables librerías nos ofrecen en mesas puestas en las aceras toda clase de libros. Los hay antiguos y recientes, usados, flamantes y en ediciones de lujo. Esta es la única parte del mundo donde he visto que las librerías permanezcan abiertas los días festivos y se vean llenas de clientes de todas condiciones que hojean y compran libros.

En los bulevares, jardines y restoranes de este barrio hallamos también la nota simpática y regocijada del estudiante típico, a veces melenudo, a veces sin sombrero, ya fumando pipa, ya del brazo de alguna amiga, y en bulliciosa compañía en que alternan jóvenes y niñas. No es raro que éstos se besen en la calle con toda libertad, como la cosa más natural, sin preocuparse del inmenso gentío que pasa a su lado.

Me parece, sin embargo, que los estudiantes que llevan la representación callejera de la bohemia estudiantil deben ser los que menos estudian en verdad.

En este barrio se encuentran asimismo las ejecutorias de la nobleza de París por razón de antigüedad. Aquí, al lado del bulevar Saint Michel se levantan las divinidades, monstruos y demás piedras monumentales que quedan de las termas que hiciera construir el emperador Juliano, y que son los restos de más remota edad que encierra la capital de Francia.

* * *

Encaminé mis pasos al Panteón. El Panteón me atrae. Desde luego, su frontis de esbeltas columnas y su domo gigantesco que se alzan al término de una ancha calle ligeramente empinada son un don de belleza. Ciertamente es que no constituye el único de París ni mucho menos.

No podrá ostentar París ni la grandiosidad ni la magnificencia de Londres. Tampoco posee los monumentales tesoros arqueológicos de Roma, únicos en Europa; pero París es, como ninguna otra, la ciudad de la proporción y de las perspectivas bellamente dispuestas. Por todas partes se encuentran explanadas, avenidas y jardines por donde la vista resbala para ir a descansar en la contemplación admirativa de algún monumento perfectamente colocado. Así, el Arco de Triunfo de la Estrella mirado desde los Campos Elíseos o desde las demás avenidas que arrancan de él. Así la Opera, la Magdalena, los Inválidos, el Trocadero.

El color gris oscuro del Panteón que presta a su belleza un sello de noble austeridad, es también la pátina de casi todos los edificios de París; pero en esta ciudad de tantas cúpulas columnas, arcos y pórticos gloriosos, el Panteón es la cúpula de la gloria francesa por excelencia. Ya sus cimientos mismos sumen sus raíces en tierra sagrada, en la tierra de la colina de Santa Genoveva, de recuerdo perenne en la historia por la vida de la heroína parisiense y por las lecciones de Abelardo, de ese monje romántico, valiente e infortunado que dió su alma a la filosofía y al amor.

El robusto *Pensador* de Rodín, en que el escultor, tal vez algo cartesiano, parece haber querido decirnos que pensamos con todo el cuerpo, es el guardián austero de la mansión. Antes que ascendamos la escalinata de entrada nos pone en el alma algo de su inquietud de interrogador de la esfinge.

La cúpula inmensa se alza en medio de la cruz griega que forma el templo. Las murallas están cubiertas de los frescos admirables que relatan las vidas de Santa Genoveva, Juana de Arco, Carlo Magno, San Luis. La enseñanza se completa con los grupos de mármol erigidos para inmortalizar hechos posteriores como la Convención Nacional y hazañas de la reciente guerra.

El silencio fresco, la media luz, la majestad de las naves del templo, los testimonios de heroísmo de que uno se siente rodeado invitan al recogimiento. Oh! París, oh! pueblo francés, cómo te calumnian los que no te conocen bien. Estos son generalmente extranjeros y lo hacen sin el menor mal propósito y aun dentro de la más alta simpatía. Para la mayoría de los extranjeros París es la ciudad de los grandes magazines, de las tiendas deslumbrantes, de los cabarets en que se refinan los motivos de atracción, de las brillantes revistas teatrales; es la feria más colosal de carne femenina. Esto es cierto, pero no encierra toda la verdad, sin perjuicio de que Berlín no le vaya en zaga como plaza de mujeres fáciles. Un gran número de esos extranjeros suelen visitar también rápidamente los principales museos de la ciudad, el Louvre, el Luxemburgo, el Carnavalet y el Cluny; visitan Notre Dame y la Magdalena; asisten tal vez a alguna conferencia; pero no se dan cuenta de la manera como trabaja la población parisiense. Basándose en estas impresiones superficiales se tilda generalmente al pueblo francés de frívolo. Y no lo es.

No es francés el público que mantiene los cabarets y las revistas teatrales. No son tampoco franceses los que celebran en *reveillons* bulliciosas la Pascua y el Año Nuevo en los grandes restoranes.

París es ante todo una ciudad industrial y comercial. Es verdad que entre los objetos de su industria y comercio ocupan un gran lugar los artículos de lujo y las frivolidades. Luego es una ciudad de arte, de letras y de ciencias, un centro de las más altas actividades del espíritu. El francés cultivado tiene no sólo el concepto sino el sentimiento muy vivo del valor de la cultura francesa y de la misión cultural de su pueblo. Se consideran los franceses los genuinos representantes de la cultura latina y estiman que ésta ha consagrado los moldes de la única verdadera vida

del espíritu. No podemos dejar de ver un exagerado exclusivismo en esta manera de apreciar las cosas porque no es posible desconocer el altísimo valor de culturas como la germánica, la inglesa y las orientales. Pero no cabe negar que tomando esta actitud en cuanto método de trabajo, conviene instalarse en el campo de una cultura para aprovechar las técnicas que se han ido formando con los siglos, conocer su alma y llegar a explotar sus honduras.

Los franceses tienen una idea sobria y austera de la vida del espíritu. Sustentan el sentimiento de su valor en sí, independientemente de las cosas materiales indispensables para cultivarla. Sus instalaciones, laboratorios, gabinetes y oficinas son por lo mismo de ordinario sencillos.

Son igualmente trabajadores serios, penetrados de un profundo sentido del deber y del valor de las labores científicas, literarias y artísticas. Si los nombres de Pasteur y Berthelot significan excepciones por la grandeza de sus descubrimientos, no lo significan por la solidez de sus virtudes. Hay como ellos centenares de obreros de la inteligencia que actúan paciente-mente para hacer avanzar por medio de sus investigaciones la ciencia y la técnica.

El francés de la clase media y del pueblo tienen que trabajar rudamente. Mirad los empleados del ferrocarril metropolitano y de otras reparticiones públicas. Son generalmente hombres y mujeres jóvenes y no se les ve sino con aire de cansancio, con caras fatigadas y graves. La vida no es fácil para ellos.

Este pueblo ha derramado su sangre en muchas revoluciones por la igualdad y la libertad. Pero la igualdad de condiciones es una quimera cuya realización se aleja sin cesar. Apenas pueden los hombres aspirar a una relativa igualdad de oportunidades. No hay cuidado de que se implante con el progreso de la democracia la igualdad niveladora que temía Amiel por considerar que anularía el desarrollo de individua-

lidades poderosas. Las desigualdades en los rangos sociales son tal vez mayores de lo que los hombres mismos se imaginan. Los pobres no pueden concebir por más fantasías exageradas que se forjen, el grado de opulencia en que viven los ricos y estos no llegan jamás a tener una idea clara, sentida, hecha carne, de la miseria en que se arrastran algunos pobres. He visto las casas en que viven en partes centrales de París obreros que están muy lejos de ser de los más humildes. Son habitaciones mal pavimentadas, de paredes descascaradas, sórdidas, sucias, oscuras y mal olientes. Los con tanta razón denostados conventillos de Santiago de Chile no tendrían tal vez nada que envidiarles.

Este pueblo ha derramado su sangre también por el ideal de la libertad; pero en este terreno ha conquistado quizá todo lo que es compatible con las realidades humanas. La libertad es un concepto correlativo al de disciplina. Libertad y disciplina son los dos polos entre los cuales gira la actividad humana. Cuando se pierde el justo equilibrio entre esos extremos se cae o en situaciones de desorganización por abuso de la libertad o en regímenes de tiranía. Y casi siempre, por reacción inevitable, se salta de un extremo a otro; tiempos de desorganización engendran las dictaduras y cuando se sacuden las pesadillas de regímenes de terror, se cae en la licencia.

* * *

Incurriendo en una manifiesta contradicción, los mismos que consideran a los franceses frívolos suelen ver en París la suma y esencia de la civilización actual. No saben o no pueden apreciar el enorme valor cultural de otros pueblos europeos como Alemania, Inglaterra e Italia entre los grandes, Bélgica, Holanda y Suiza y los estados escandinavos entre los pequeños. En cuanto a España se refiere, digamos que tiene, sobre todo para los sud-americanos, una importancia

irreemplazable. Por la raza, por el idioma, por sus monumentos maravillosos, por sus tradiciones y porque a cada paso que se da en la península surge algún recuerdo de la historia de América y es como si fuera uno hollando su propia tierra, deberían los sud-americanos que van a Europa llevar el alma imantada a hacer una cordial peregrinación por España.

* * *

Pero ¿cuáles son esos caracteres esenciales de la civilización que muchos extranjeros se complacen en encontrar en París?

Empecemos por los más externos para descender hasta los que podemos estimar como fundamentales.

Propio de los grandes centros de civilización es ofrecer diversiones que en otras partes no se consiguen. En este sentido París es insuperable, sobre todo por el carácter artístico y sensual de los espectáculos que se representan en sus teatros y cabarets. En ninguna parte como en París se exhibe la mujer desnuda con más libertad, debiendo sí reconocerse que ese desnudo tiene generalmente todos los relieves de un ejercicio de belleza.

Pero no pensamos que a nadie se le ocurra que las diversiones sean una característica esencial de la civilización. Florecen ellas en los grandes centros porque sólo pueden prosperar donde se reúnen densas multitudes de extranjeros que disponen de recursos para gastar mucho.

Vestirse bien es sin duda una exigencia de la vida civilizada. La elegancia de sus mujeres es una de las notas sobresalientes de París y Nueva York, así como a Londres le da un tono característico la elegancia de los hombres; pero no pensamos tampoco que nadie que quiera pasar más allá de la corteza de las cosas pueda imaginarse que sea el vestido un rasgo esencial de la civilización.

A pesar de la innegable importancia que cabe re-

conocer en la vida social a la cortesía, a las buenas maneras y al aseo, es menester convenir en que no son sino caracteres secundarios de la civilización. Cuando se cultivan estas solas cualidades se obtiene la mera apariencia de la cultura, y se nos presentan como encarnaciones de ella el *snob*, el hombre de mundo frívolo, la mujer de mundo liviana, la cortesana, el aventurero.

Eliminado así lo que forma el barniz de la civilización, me parece que pueden considerarse como sus rasgos esenciales los siguientes:

Un substrato de historia que ha quedado incorporado en obras y monumentos seculares.

Durante el proceso histórico que ha ido dejando su huella en dichos monumentos han llegado a organizarse en forma sólida las instituciones fundamentales del estado y de la familia.

Esa vida histórica ha ido también burilando con sus tragedias y tribulaciones el alma misma de los hombres y afirmando las cualidades que más convienen al perfeccionamiento de la vida como la disciplina (con sus elementos integrantes de trabajo y ahorro), la buena voluntad, y todas las formas que toma la actividad creadora y libre del espíritu.

Tales me parecen las verdaderas características de personalidades y de pueblos civilizados. Lo demás es oropel, bambolla, frivolidades, muy agradables si se quiere a veces, pero que llegan a comprometer la existencia de la civilización misma cuando toman más cuerpo del que les corresponde, como nos lo enseña la historia de las épocas de decadencia.

* * *

Al salir del Panteón la actitud abismada del Pensador me pareció una acertada imagen del espíritu humano que después de resolver el problema del momento tiene que continuar inclinado ante nuevos problemas.